**LAS BIENAVENTURANZAS (Continuación) ****

Volvamos a la **segunda Bienaventuranza**: «***Dichosos los afligidos, porque ellos serán consolados***». ¿Es bueno estar afligidos y llamar bienaventurada a la aflicción? Hay dos tipos de aflicción: una, que ha perdido la esperanza, que ya no confía en el amor y la verdad, y por ello abate y destruye al hombre por dentro; pero también existe la aflicción provocada por la conmoción ante la verdad y que lleva al hombre a la conversión, a oponerse al mal. **Esta tristeza regenera, enseña a los hombres a esperar y amar de nuevo**. Un ejemplo de la primera aflicción es Judas, quien —profundamente abatido por su caída— pierde la esperanza y lleno de desesperación se ahorca. Un ejemplo del segundo tipo de aflicción es Pedro que, conmovido ante la mirada del Señor, prorrumpe en un llanto salvador: las lágrimas labran la tierra de su alma. Comienza de nuevo y se transforma en un hombre nuevo.

La tradición ha encontrado una imagen más de la tristeza sanadora: María, al pie de la cruz junto con su hermana, la esposa de Cleofás, y con María Magdalena y Juan. En un mundo plagado de crueldad, de cinismo o de conspiración provocada por el miedo, encontramos un pequeño grupo de personas que se mantienen fieles; no pueden cambiar la desgracia, pero compartiendo el sufrimiento se ponen del lado del condenado, y con su amor compartido se ponen del lado de Dios, que es Amor. Dios no puede padecer, pero puede compadecerse. A los pies de la cruz de Jesús es donde mejor se entienden estas palabras: «***Dichosos los afligidos, porque ellos serán consolados***». Quien no endurece su corazón ante el dolor, ante la necesidad ajena, quien no abre su alma al mal, sino que sufre bajo su poder, dando razón así a la verdad, a Dios, ése abre la ventana del mundo para que entre la luz. A estos afligidos se les promete la gran consolación. En este sentido, la segunda Bienaventuranza guarda una estrecha relación con **la octava: «*Dichosos los perseguidos a causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*»**.

La aflicción de la que habla el Señor es el inconformismo con el mal, una forma de oponerse a lo que hacen todos y que se le impone al individuo como pauta de comportamiento. El mundo no soporta este tipo de resistencia, exige colaboración. Esta aflicción le parece como una denuncia que se opone al aturdimiento de las conciencias, y lo es realmente. Por eso los afligidos son perseguidos a causa de la justicia. A los afligidos se les promete consuelo, a los perseguidos, el Reino de Dios; es la misma promesa que se hace a los pobres de espíritu. Las dos promesas son muy afines: el Reino de Dios, vivir bajo la protección del poder de Dios y cobijado en su amor, éste es el verdadero consuelo.

El consuelo será total sólo cuando también el sufrimiento incomprendido del pasado reciba la luz de Dios y adquiera por su bondad un significado de reconciliación; el verdadero consuelo se manifestará sólo cuando «*el último enemigo*», la muerte (1 Co 15, 26), sea aniquilado con todos sus cómplices.

Para Mateo, la expresión «***los perseguidos a causa de la justicia***» tenía un significado profético. Para ellos se trataba de una alusión previa que el Señor hizo sobre la situación de la Iglesia en que estaban viviendo. Se había convertido en una Iglesia perseguida, perseguida «*a causa de la justicia*». Pues **la fe es caminar con Cristo**.

**Los hombres perseguidos a causa de la justicia son los que viven de la justicia de Dios, de la fe**. Como la aspiración del hombre tiende siempre a emanciparse de la voluntad de Dios y a seguirse sólo a sí mismo, la fe aparecerá siempre como algo que se contrapone al «*mundo*» y por eso habrá persecución a causa de la justicia en todos los periodos de la historia.

Si, como ocurrió antes con las Bienaventuranzas anteriores, podemos encontrar en la promesa una dimensión eclesiológica, una explicación de la naturaleza de la Iglesia, también aquí Cristo crucificado es el justo perseguido del que hablan las profecías del Antiguo Testamento, especialmente los cantos del siervo de Dios. Y así, **Cristo mismo es la llegada del Reino de Dios**. La Bienaventuranza supone una invitación a seguir al Crucificado, dirigida tanto al individuo como a la Iglesia en su conjunto.

Jesús promete alegría, júbilo, una gran recompensa a los que por causa suya sean insultados, perseguidos o calumniados de cualquier modo (Mt 5,11). Entonces su Yo, el estar de su parte, se convierte en criterio de la justicia y de la salvación. Aquí el anuncio de Cristo aparece claramente como el punto central del relato. Jesús da a su Yo un carácter normativo que ningún maestro de Israel ni ningún doctor de la Iglesia puede pretender para sí. El que habla así ya no es un profeta en el sentido hasta entonces conocido, mensajero y representante de otro; Él mismo es el punto de referencia de la vida recta, Él mismo es el fin y el centro.

**La penúltima Bienaventuranza**: «***Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados***» (Mt 5, 6). Esta palabra es profundamente afín a la que se refiere a los afligidos que serán consolados: se trata de personas que miran en torno a sí en busca de lo que es grande, de la verdadera justicia, del bien verdadero. La mirada se dirige a las personas que no se conforman con la realidad existente ni sofocan la inquietud del corazón, esa inquietud que remite al hombre a algo más grande y lo impulsa a emprender un camino interior que muestra el camino hacia la verdad, hacia el amor, hacia Dios. Son personas con una sensibilidad interior que les permite oír y ver las señales sutiles que Dios envía al mundo y que así quebrantan la dictadura de lo acostumbrado.

¿Quién no pensaría aquí en los santos humildes en los que la Antigua Alianza se abre hacia la Nueva y se transforma en ella? ¿En Zacarías e Isabel, en María y José, en Simeón y Ana, quienes, cada uno a su modo, esperan con espíritu vigilante la salvación de Israel y, con su piedad humilde, con la paciencia de su espera y de su deseo, «*preparan los caminos*» al Señor? ¿cómo no pensar también en los doce Apóstoles, en hombres de procedencias espirituales y sociales muy distintas, que sin embargo en medio de su trabajo y su vida cotidiana mantuvieron el corazón abierto, dispuesto a escuchar la llamada de Aquel que es más grande? ¿O en el celo apasionado de san Pablo por la justicia, que, aunque mal encaminado lo prepara para ser derribado por Dios y llevado hacia una nueva clarividencia?

**Dios exige mantener nuestro espíritu despierto para poder escuchar su hablarnos silencioso**, que está en nosotros y nos rescata de la simple rutina conduciéndonos por el camino de la verdad.

«***Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios***» (Mt 5, 8). A Dios se le puede ver con el corazón: la simple razón no basta. **Para que el hombre sea capaz de percibir a Dios han de estar en armonía todas las fuerzas de su existencia**.

La voluntad debe ser pura y también la base afectiva del alma, que indica a la razón y a la voluntad la dirección a seguir. La palabra «*corazón*» se refiere precisamente a esta interrelación interna de las capacidades perceptivas del hombre, en la que también entra en juego la correcta unión de cuerpo y alma, como corresponde a la totalidad de la criatura llamada «*hombre*». La disposición afectiva fundamental del hombre depende precisamente también de esta unidad de alma y cuerpo, así como del hecho de que acepte a la vez su ser cuerpo y su ser espíritu; **de que someta el cuerpo a la disciplina del espíritu**, pero sin aislar la razón o la voluntad, sino que, **aceptando de Dios su propio ser**, reconozca y viva también la corporeidad de su existencia como riqueza para el espíritu. El corazón, la totalidad del hombre, ha de ser pura, profundamente abierta y libre para que pueda ver a Dios. «***Ven a Dios los que son capaces de mirarlo, porque tienen abiertos los ojos del espíritu****... El alma del hombre tiene que ser pura, como un espejo reluciente*».

¿Cómo se vuelve puro el ojo interior del hombre? ¿Cómo se puede retirar la catarata que nubla su mirada o al final la ciega por completo? Ante todo, debemos leer las Bienaventuranzas en el contexto bíblico. Allí encontramos el tema, sobre todo en el **Salmo 24**,

Una condición indispensable es que **las personas que quieran llegar a la casa de Dios pregunten por Él, busquen su rostro** (v. 6). Pero ya antes, como contenido del concepto de manos inocentes y puro corazón, se ha indicado la **exigencia de que el hombre no jure en falso contra el prójimo**: esto es, la honradez, la sinceridad, la justicia con el prójimo y con la sociedad, que en realidad llega hasta lo más hondo del corazón.

El **Salmo 15** lo desarrolla aún más, de forma que se puede decir que **la condición para llegar a Dios es simplemente el contenido esencial del Decálogo**, poniendo el acento en la búsqueda interior de Dios, en el caminar hacia Él (primera tabla) y en el amor al prójimo, en la justicia para con el individuo y la comunidad (segunda tabla).

En boca de Jesús la palabra adquiere una nueva profundidad. Es propio de su naturaleza específica el ver a Dios, el estar cara a cara delante de Él, en un continuo intercambio interior con Él, viviendo su existencia como Hijo. Así la expresión adquiere un valor profundamente cristológico. **Veremos a Dios cuando entremos en los mismos** «***sentimientos de Cristo***» (Flp 2,5). **La purificación del corazón se produce al seguir a Cristo, al ser uno con Él.** «*Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí*» (Ga 2, 20). Y aquí surge algo nuevo: el ascenso a Dios se produce precisamente en el descenso del servicio humilde, en el descenso del amor, que es la esencia de Dios y, por eso, la verdadera fuerza purificadora que capacita al hombre para percibir y ver a Dios. En Jesucristo Dios mismo se manifiesta en ese descenso: «*El cual, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos... se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó*». (Flp 2, 6-9).

Dios desciende hasta la muerte en la cruz. Y precisamente así se revela en su verdadero carácter divino. El ascenso a Dios se produce cuando se le acompaña en ese descenso. El corazón puro es el corazón que ama, que entra en comunión de servicio y de obediencia con Jesucristo. El amor es el fuego que purifica y une razón, voluntad y sentimiento, que unifica al hombre en sí mismo gracias a la acción unificadora de Dios, así entra el hombre en la morada de Dios y puede verlo. Y eso significa precisamente ser bienaventurado.

En Lucas, tras las Bienaventuranzas siguen cuatro invectivas: «Ay de vosotros, los ricos... Ay de vosotros, los que estáis saciados... Ay de los que ahora reís... Ay si todo el mundo habla bien de vosotros...» (Lc 6, 24-26). Estas palabras nos asustan. ¿Qué debemos pensar?

Jesús sigue el esquema que encontramos también en Jeremías 17 y en el Salmo 1: a la descripción del recto camino, que lleva al hombre a la salvación, se contrapone la señal de peligro que desenmascara las promesas y ofertas falsas, con el fin de evitar que el hombre tome un camino que le llevaría fatalmente a un precipicio mortal. Esto mismo lo volveremos a encontrar en la parábola del rico epulón y del pobre Lázaro. Quien comprende correctamente los signos de esperanza que se nos ofrecen en las Bienaventuranzas, reconoce aquí fácilmente las actitudes contrarias que atan al hombre a lo aparente, lo provisional, y que, llevándolo a la pérdida de su grandeza y profundidad y con esto a la pérdida de Dios y del prójimo, lo encaminan a la ruina. De esta manera, se hace comprensible la verdadera intención de estas señales de peligro: las invectivas no son condenas, no son expresión de odio, envidia o enemistad. No se trata de una condena, sino de una advertencia que quiere salvar.

¿Es correcta la orientación que el Señor nos da en las Bienaventuranzas y en las advertencias contrarias? ¿Es realmente malo ser rico, estar satisfecho, reír, que hablen bien de nosotros?

El Sermón de la Montaña plantea la cuestión de la opción de fondo del cristianismo, y como hijos de este tiempo sentimos la resistencia interior contra esta opción, aunque a pesar de todo nos haga mella el elogio de los mansos, de los compasivos, de quienes trabajan por la paz, de las personas íntegras. Sí, **las Bienaventuranzas** se oponen a nuestro gusto espontáneo por la vida, a nuestra hambre y sed de vida. **Exigen «*conversión*»**, un cambio de marcha interior respecto a la dirección que tomaríamos espontáneamente. Pero esta conversión saca a la luz lo que es puro y más elevado, dispone nuestra existencia de manera correcta.

El mundo griego, sabía muy bien que el verdadero pecado del hombre, su mayor peligro, es la arrogante autosuficiencia con la que el hombre se erige en divinidad: quiere ser él mismo su propio dios, para ser dueño absoluto de su vida y sacar provecho así de todo lo que ella le puede ofrecer. Esta conciencia de que la verdadera amenaza para el hombre es la conciencia de autosuficiencia de la que se ufana, que en principio parece tan evidente, se desarrolla con toda profundidad en el Sermón de la Montaña a partir de la figura de Cristo.

Hemos visto que el Sermón de la Montaña es una cristología encubierta. Tras ella está la figura de Cristo, de ese hombre que es Dios, pero que precisamente por eso desciende, se despoja de su grandeza hasta la muerte en la cruz. Los santos, desde Pablo hasta la madre Teresa pasando por Francisco de Asís, han vivido esta opción y con ello nos han mostrado la imagen correcta del hombre y de su felicidad. En una palabra: **la verdadera «*moral*» del cristianismo es el amor**. Y éste, obviamente, se opone al egoísmo; es un salir de uno mismo, pero es precisamente de este modo como el hombre se encuentra consigo mismo. Es el verdadero «*camino de alta montaña*» de la vida; sólo por la vía del amor, cuyas sendas se describen en el Sermón de la Montaña, se descubre la riqueza de la vida, la grandiosidad de la vocación del hombre.